

EN EL PRIMER CARLOS FUENTES: EL OLOR EN LA PROSA

Oscar Mata

En este 1994, “La edad del tiempo”, nombre de la obra narrativa de Carlos Fuentes, cumple 40 años, ya que el primer libro que publicó el célebre escritor mexicano, *Los días enmascarados*, apareció en 1954, como el número dos de la segunda serie de la colección “Los Presentes”, editada por Juan José Arreola. En ese entonces Carlos Fuentes era un joven próximo a cumplir los 26 años que había pasado una buena parte de su vida viajando, debido a los diversos nombramientos de su padre, distinguido miembro del Servicio Exterior Mexicano. Fuentes considera que la novela es un género itinerante, justo como El Quijote, y él mismo, novelista por excelencia, no puede menos que ser visto como un autor cuya pluma se pasea -ya no por un camino, según la sentencia clásica de Stendhal- sino por varios países, continentes y mundos. Nacido en Panamá, desde el primer mes de su vida viajó y pasó los primeros 20 años de ella en Quito, Santiago de Chile, Buenos Aires, Montevideo y Washington. Cuando aparece su primer libro, cursa la carrera de Derecho en la UNAM y pertenece a la “generación de medio siglo”, a la que también pertenece, entre otros, su pri-

mo -y en más de un sentido antítesis literaria- Salvador Elizondo. Desde la aparición de *Los días enmascarados* quedó claro que el gran tema en la obra de este mexicano ciudadano del mundo era México y que todos sus viajes, todas sus estancias en el extranjero, todas sus lecturas y experiencias personales se dirigían a este objetivo: escribir a México y a lo mexicano. Escribir a la patria ausente, de la que oía hablar a mañana y tarde, pero no conocía. Así, la labor del escritor mexicano Carlos Fuentes ha sido escribir a México desde todos los puntos de vista, a partir de todas las perspectivas que ofrecen tanto las presencias como las ausencias físicas del suelo patrio. Tal ha sido el quehacer fundamental de Fuentes como novelista, como narrador y ensayista a lo largo de estos últimos cuarenta años, en los cuales se ha revelado como el gran prosista de nuestras letras, aquel cuya escritura analiza cuanto asunto llama su atención, aquel para quien

nada parece serle ajeno, ejerciendo a fondo esa función analítica de la prosa. En las obras que Carlos Fuentes publicó durante sus primeros diez años como escritor, en el periodo comprendido entre 1954 y 1964, esto es *Los días enmascarados* (1954), *La región más transparente* (1958), *La muerte de Artemio Cruz* (1962), *Aura* (1962) y *Cantar de ciegos* (1964), la prosa de Carlos Fuentes se vuelve más sugerente, más ilustradora de la realidad cuando hace mención del olor, de los diversos olores que perciben tanto los narradores como los diferentes personajes. En sus descripciones, como es común en la inmensa mayoría de los autores, la vista es el sentido que más se usa. Sin embargo, los otros sentidos no son olvidados por Fuentes. En *La región...* el banquero Régules toca, más bien acaricia, sus corbatas de seda, los vecinos de Las Lomas sienten un especial placer cuando tocan los paños que cubren sus cuerpos y sus muebles. Sin embargo, hay un sentido que si bien no interviene con tanta frecuencia como la vista, cuando Carlos Fuentes recurre a él dota a su prosa, la de sus primeros diez años como escritor -insisto en ello-, de un gran poder de evocación e ilustración.

Tal sentido es el olfato. En efecto en los cuentos y en las novelas del primer Carlos Fuentes el olor tiene una gran importancia, aparece en los momentos mas climáticos, cruciales de las ficciones. Sucede algo análogo a la importancia del gusto -el sabor del té y la pequeña magdalena- en Proust. Gran parte de la narrativa del siglo XX se ha apoyado en el episodio del té y la petite madeleine, incluido en el prólogo de *En busca del tiempo perdido*, cuando el narrador prueba el té y apartir del sabor de la infusión y el pastelillo evoca el pueblo de Combray, donde solía veranear en su infancia. El gusto provoca el recuerdo que a su vez provoca la escritura, con la llamada "prosa de sensaciones", debido a la importancia que los sentidos, principalmente el gusto, tiene en la obra proustiana. Carlos Fuentes también se vale de las sensaciones para establecer una atmósfera peculiar en sus textos, pues el olor, esos aromas que despiden seres, ambientes y objetos, fortalecen la relación entre el texto y el lector, ya que apartir del olor su prosa se vuelve más emotiva, más sugerente. El fenómeno se nota prácticamente desde que se abre el ejemplar de *Los días enmascarados* (se maneja la tercera edición de la obra, de Era, 1982, para proporcionar los ejemplos).

En la primera página del primer cuento, más concretamente en la sexta línea, se lee lo siguiente:

comer el choucrout endulzado por el sudor (p.9)

En la siguiente página, el olor ambiente de manera inconfundible

Me aventuré a leerlo, a pesar de las curvas, el hedor a vómito (p.10)

En el cuento "Chac-Mool" la atmósfera sobrenatural y horrorosa se establece con la participación de los olores

Cuando volvi a abrir los ojos aún no amanecía. El cuarto olía a horror, a incienso y sangre. (p.20)

Si vi unos oficios descabellados, preguntando si el agua podía olerse... (p.21)

La presencia del Chac-Mool se vuelve intolerable debido a los humores que despiden.

Lo que no puedo tolerar en el olor, extrahumano, que emana de esa carne que no lo es... (p.22)

Los olores irremisiblemente se apoderan de la casa de Filiberto.

Ese olor a incienso y sangre que ha permeado la casa... (p.24)

Y cuando al final del cuento el narrador lleva el cadáver de Filiberto a la que fue su casa, el repulsivo ser

despedía un olor a loción barata (p.27)

El olor también juega un papel importante en la fantasmagoría de "Tlactocatzine, del jardín de Flandes". El salón de la vieja casona del Puente de Alvarado

luce un piso oloroso y brillante (p.35)

Y las siemprevivas del jardín

están atravesadas de un perfume que se hace olorosos como si las acabaran de recoger en una cripta, después de años entre polvo y mármoles (p.38)

Cuando el narrador cierra los ojos, percibe el aroma de



tabaco javanés y aceras mojadas...arenque...tufos de cerveza, vapor de bosques, troncos de encina (p.38)

La aparición de la viejecita viene precedida por

la intensidad del olor a siempreviva (p.40)

Como resultado de las nuevas apariciones de la anciana

El olor de las siemprevivas se ha esparcido por la casa (p.43)

Hasta que tiene lugar el climax

Las siemprevivas tiemblan solas, independientes del viento. Su olor era de féretro. (p.44)

Y entonces Charlotte, Kaiserin von Mexico se dirige a su esposo Maximiliano en un

aliento prefabricado de espuma y

tierra sepultada (p.45)

En el cuento que cierra el volumen, "El que inventó la pólvora", hay un par de menciones al olor.

emanando un olor colectivo de intorria y axilas (p.77)

Y en los montones de inmundicia del final

las llantas y los trapos; la obesidad maloliente, la carne inflamada del detritus (p.84)

Desde este pequeño libro de cuentos siguió, como el pueblo y sus moradores de la taza de té del narrador proustiano, la monumental obra narrativa de Fuentes. El olor se aprecia, sobre todo, en los textos íntimos, subjetivos, llenos de fantasía. Un jardín encerrado y lleno de extrañas plantas y flores, la aparición de una anciana que evoca tiempos pasados, una casona de otra época y la alusión al efímero imperio de Carlota y Maximiliano son remontados por

Carlos Fuentes en *Aura*. Al menos se menciona una vez al olor -y vaya si lo hay- en todos y cada uno de los cinco capítulos de esta hermosa *nouvelle* (de cuya tercera edición, 1966, en la colección "Alacena" de la editorial Era, se han tomado las citas). La entrada al mundo de las dos mujeres se perciben en primer lugar, por el olfato

El olor de la humedad, de las plantas podridas, te envuelven mientras marcas tus pasos (p.12)

El contacto inicial con la puerta de las Llorente más que con la mano se da con la nariz

Tocas esa puerta que huele a pino viejo y húmedo (p.12)

La cena que Aura le prepara a Felipe Montero sobre todo huele

Tú aspiras el olor turgente de los riñones en salsa de cebolla que ella te sirve (p.22)

Durante su primer recuerdo amoroso, la nariz recibe la más intensa sensación inicial

No puedes verla en la oscuridad de la noche sin estrellas, pero hueles en su pelo el perfume de las plantas del patio... (p.36)

La contraparte de la escena anterior es la degollación de un macho cabrío, vista a cierta distancia por Montero

El vapor que surge..., el olor de la sangre derramada, los ojos duros y abiertos del animal te dan náuseas. (p.40)

En su segunda visita a ese patio techado hasta donde no llega la luz Felipe

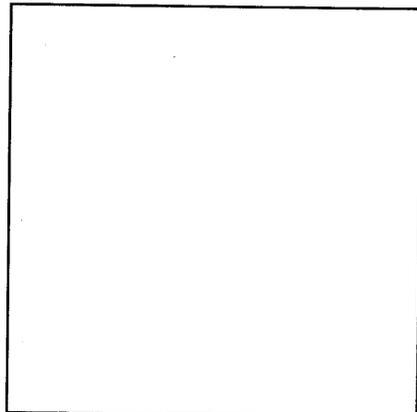
...aspiras el aire perfumado y quieres descomponer los elementos de tu olfato, reconocer los aromas pesados, suntuosos, que te rodean. (p.44)

El aroma de las plantas vuelve a hacerse presente unos cuantos renglones antes de la escena culminante de la obra, en la cual Felipe se reencontrará con Consuelo.

La cabeza te da vueltas, inundada por el ritmo de ese vals lejano que suple la vista, el tacto, el olor de las plantas húmedas y perfumadas. (pp.56-7)

Publicada dos años después -como segundo cuento de *Cantar de ciegos*- pero acaso escrita antes que *Aura*, pues ambas abordan el mismo tema, que en la novela es mucho mejor desarrollado,"La muñeca reina" también ofrece ejemplos de la importancia del olor en los primeros textos de Carlos Fuentes. Cuando el narrador es llevado a la recámara de Amilania, el olor tiene un papel preponderante (las citas provienen de la tercera edición, publicada por Joaquín Mortiz en 1976).

Los goznes rechinan. El olor lo mata todo: dispersa los demás sentidos, toma asiento como un mongol amarillo



en el trono de mi alucinación, pesado como un cofre, insinuante como el crujir de una seda drapeada, ornamentado como un cetro turco, opaco como una veta honda y perdida, brillante como una estrella muerta. (p.44)

El muchacho entra en el aposento con los ojos cerrados y cuando los abre el olfato sigue prevaleciendo sobre la visión

...el aposento sofocado por esa enorme batalla de perfume, de vahos y escarchas de petalos... (p.44)

El olor también se percibe en la culminación del primer cuento del volumen, "Las dos Elenas". El narrador, tras despedirse de una esposa, arranca llevando en su auto

...el aroma del higo en el cuello... (p.23)

Acto seguido sube por el Paseo de la Reforma, rumbo a la casa de sus suegros, donde

...mi otra Elena, mi complemento debe esperar en su cama tibia con los ojos negros y ojerosos muy azorados y la carne blanca y madura y honda y perfumada como la ropa en los bargeños tropicales. (p.24)

La otra Elena, la madre, la suegra, resulta la amante del narrador. Páginas antes, Fuentes se ha valido del olor para crear a este personaje femenino, una jarocho como los antepasados del novelista, en cuyo suelo natal.

—Si, se levantan olores muy espesos. La tierra se desprende de sus perfumes de tabaco, de café, de pulpa (p.21)

La mujer, la hembra, guarda el olor de su patria chica.

...Además, el sol nunca secaba bien algunos rincones. Oía a moho, ¿cómo le diré?, a musgo... (p.21)

"Vieja moralidad", el cuarto cuento del libro, que se acerca a la frontera de la novela corta, es el último texto que ilustra el fenómeno que ahora nos ocupa; en los cuentos siguientes el olor apenas y será mencionado, de una manera casual. En "Vieja moralidad", acaso denotando que el autor prestaba más atención a otros elementos, la importancia del olor se reduce a la caracterización de los personajes. Así, el muchacho protagonista nota que en la cama del abuelo se percibe algo muy especial.

me escondo entre las sábanas llenas de olores que no se dan en ninguna otra parte (p.73)

Aquel aroma hace que el muchacho le hable así a su abuelo

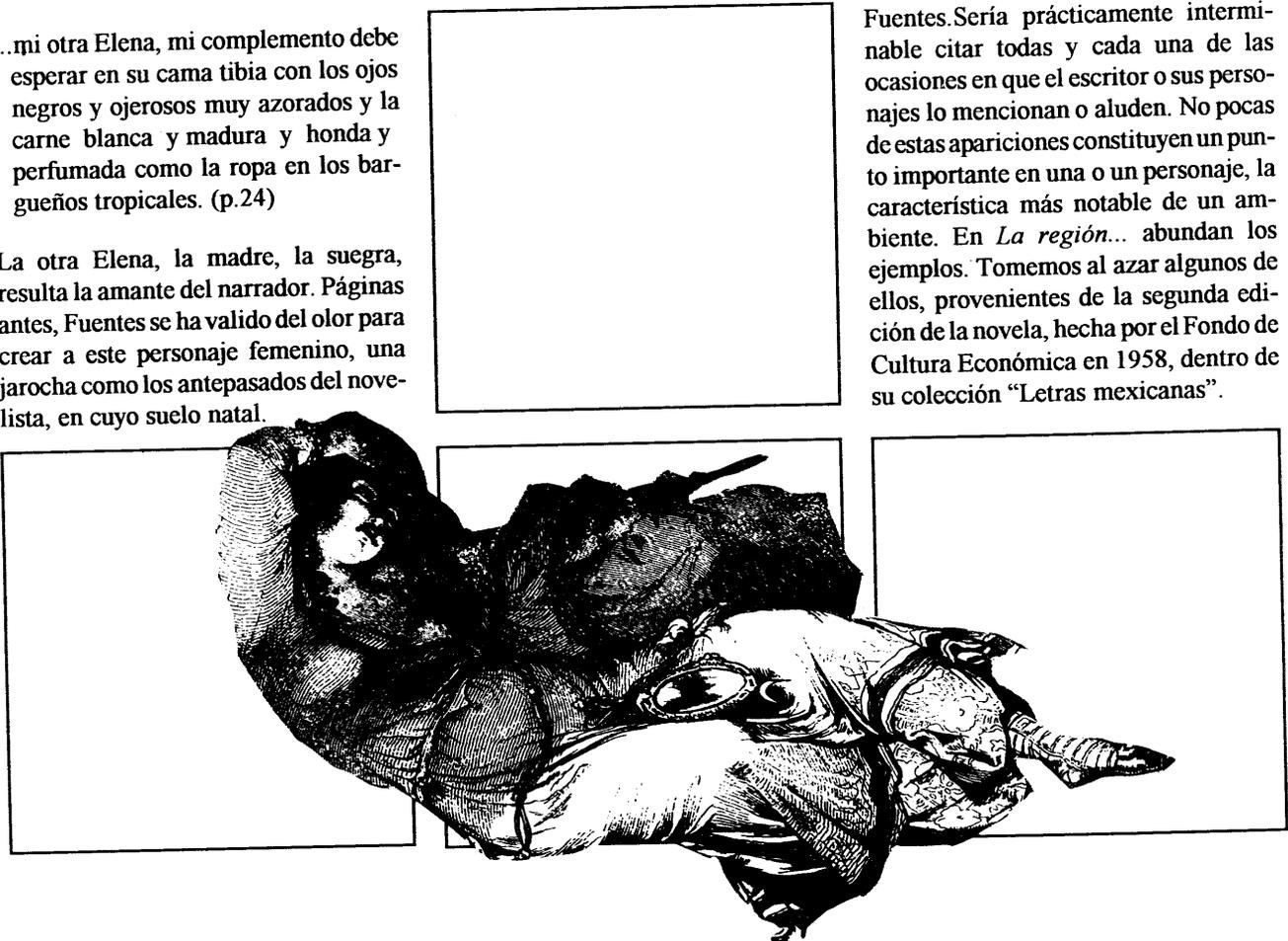
si me diera la gana iría a todos lados oliendo nomás, sin perderme, te lo juro (p.74)

La antítesis del viejo está encarnada por las tías del muchacho. que viven en Morelia

esas beatas no salen nunca de la sacristía. Huelen a puro trapo viejo y ordinario (p.76)

Hay otros dos cuentos y una novela corta en *Cantar de ciegos*, pero en ellos el olor dista mucho de tener la importancia que hemos venido estudiando.

El olor, los diversos humores y aromas, también aparecen en bastantes momentos en las tres primeras novelas de Fuentes. Sería prácticamente interminable citar todas y cada una de las ocasiones en que el escritor o sus personajes lo mencionan o aluden. No pocas de estas apariciones constituyen un punto importante en una o un personaje, la característica más notable de un ambiente. En *La región...* abundan los ejemplos. Tomemos al azar algunos de ellos, provenientes de la segunda edición de la novela, hecha por el Fondo de Cultura Económica en 1958, dentro de su colección "Letras mexicanas".



Es lluvia de ciudad. Contagiada de olores. (pp.14-15)

La región... se compone, en bastantes momentos, de fragmentos visuales a los que sazonan los olores, tanto de alimentos como de combustibles o los hedores humanos, algunas veces acicalados con uno que otro perfume.

la ciudad como una nube tullida, olores viejos de piel y vello, de garnachas y toldos verdes... los pies húmedos, comprimido en su carne espesa, maloliente e insano... El rimmel le escurría como un llanto de noche. El conejoapestaba. (p.15)

Prácticamente en todos los pasajes de *La región más transparente* hay menciones al olor. Se abre al azar el libro y se lee lo siguiente.

Un tufo de grasa chisporreante subía por el patio interior al cuarto de Rodrigo Pola, a las azoteas, hasta el centro del aire, a mezclarse con los olores de la ciudad. (p.80)

A fin de cuentas, en esta gran urbe, en cualquier sitio se palpa

un perfume denso y antiguo. (p.81)

De ahí la proliferación de humores, hedores y similares que sería interminable citar. Que los ejemplos anteriores basten para dar una levisima idea de ellos.

En el mundo encerrado de *Las buenas*

conciencias (3a. ed., en la Colección Popular del FCE, 1967, sobresale la escena en que Jaime Ceballos, obligado por su tío, debe confesarse. Al producirse la catarsis.

El muchacho sollozaba entre los brazos del padre Obregón. Este se estremecía al acariciar la nuca suave del joven; Jaime sentía asco al oler el penetrante sudor de las axilas y el tufo de la ropa pocas veces lavada del cura. (p.151)

Acabemos con este rápido recorrido con un par de ejemplos tomados de *La muerte de Artemio Cruz* (3a. ed., FCE, 1967). La sensación más penetrante de la enfermedad del protagonista, del momento que su agonía es un proceso irreversible, está dada por diversos olores.

Huelo el agua enjabonada, el trapo mojado que trata de vencer ese olor de vómito; quiero levantarme; si camino por el cuarto el olor se irá (p.220)

Antes, al inicio de su sexta agonía, el enfermo se estremeció no de dolor, sino por los signos externos de los auxilios espirituales.

Yo huelo ese óleo viejo que me enbarran en los ojos, la nariz y los labios, los pies fríos... (p.138)

Finalmente, el poderoso hombre tendrá

un muerte asquerosa: vomitando mierda, que produce asco por su asqueroso hedor, por su olor

Vomita. Vomita ese olor que sólo antes había olido.... Vomita boca arriba. Vomita su mierda. (p.245)

El desenlace es cuestion de tiempo

Es casi seguro que Carlos Fuentes quedó admirado con la realidad de su país, que tanto había imaginado durante sus prolongadas estancias en el extranjero y acaso en una primera instancia, lo que más le llamó la atención de México fue su olor, esos mil y un aromas que moran en el aire de lo que alguna vez fue la región más transparente.

BIBLIOGRAFIA

Fuentes, Carlos. *Los días enmascarados*. 3a. ed. México, Era, 1982. 86pp.

La región más transparente. 2a. ed. México, FCE, 1958. 462pp. (Letras Mexicanas, 38)

Las buenas conciencias. 3a. ed. México, FCE, 1967. 192pp. (Col. popular, 10)

La muerte de Artemio Cruz. 3a. ed. México, FCE, 1967pp. (Col. popular, 34)

Aura. 3a. ed. México, Era, 1966. 60 pp.(Alacena)

Cantar de Ciegos. 3a. ed. México, J. Mortiz, 1967. 210pp. (Serie del volador)

